

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA



JACK IN THE BOX Y LA DILIGENCIA TRANSPARENTE

Fernando Olavarría Gabler

132



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

JACK IN THE BOX
Y LA DILIGENCIA
TRANSPARENTE

Fernando Olavarría Gabler

Como resultado de una etapa de constantes ahorros, obtuve la posibilidad de comprarme un departamento en un edificio situado en el centro de la ciudad. Se trataba de una mole de concreto de 34 pisos y mi departamento se encontraba en el piso 16.

Había jubilado y me entretenía en las mañanas al mirar por la ventana, hacia el frente y hacia abajo, todo lo que estaba pasando a mi alrededor pero la rutina de mirar aquello y no hacer nada y si a eso se agrega la niebla urbana que se intensifica a medida de que pasan las horas e invade al mediodía toda la superficie de la ciudad, me hicieron llegar a la conclusión que estaba aburrido, enclaustrado y con ansias de vivir en el campo, respirar aire puro, despertarme con el canto de los gallos y dormir en el silencio absoluto de la noche.

Puse en venta el departamento y compré una pequeña casa cercana a un bosque.

Se inició la mudanza, con cierta dificultad, porque algunos de los muebles no cabían en el ascensor. Así como costó bajarlos por la escalera desde el piso 16, más había costado subirlos. Pero, en fin, después de transpirables esfuerzos, casi todo el mobiliario estaba sobre el camión de mudanzas. Solamente faltaba una caja cúbica de un metro de envergadura. Este mueble, semejante a un dado, era muy difícil de agarrarlo y para transportarlo se tuvo que recurrir a cuatro hombres de la mudanza que lo tomaron con sus ocho manos con gran dificultad. Tal es así que, cuando iban resoplando escalera abajo, el misterioso cubo se desprendió de sus manos y bajó dando tumbos hasta la calle donde estaba el camión de mudanzas. Los

hombres, muy angustiados, advertían a gritos el peligro de lo que estaba sucediendo mientras bajaban corriendo los peldaños. El hecho es que los transeúntes fueron advertidos y no hubo desgracias personales.

Cuando hubo calma, los hombres trataron de subir la caja al camión pero era muy pesada y no fue posible elevarla al primer intento. Mientras observaba todo esto pensaba cómo había llegado el misterioso bulto a mi departamento. Sencillamente no me acordaba. ¿Era el regalo de un amigo? ¿Una correspondencia con dirección equivocada? ¿Un antiguo mueble heredado de mi familia?

Misterio.

Estaba en esas cavilaciones, cuando en la cara superior del cubo se abrieron de súbito dos puertas que quedaron horizontales hacia los lados y apareció un monicaco con los brazos abiertos. Su cara, con boca sonriente, nariz larga y roja y con grandes ojos fijos, nos miraba en una posición estática e inexpresiva. Daba la impresión que estaba feliz por haber causado una sorpresa y esperaba los aplausos de la gente que lo rodeaba (los transeúntes que habían oído los gritos de advertencia se habían aglomerado alrededor del camión). Como nadie aplaudió y los de la mudanza trataron de meter la cabeza dentro del cubo para cerrar las tapas, el monicaco dio un salto, salió del cubo y dando botes con su cuerpo que, al parecer tenía un resorte en su interior, se perdió a la vuelta de una esquina. Extrañado ante este insólito hecho y picado por la curiosidad, decidí ir en su busca y eché a correr hacia la esquina pero

el monicaco había desaparecido.

Recorrí cauteloso mirando las vitrinas comerciales y no lo encontré en ninguna de ellas. A mitad de cuadra había un bar restaurante, entonces abrí la puerta y me asomé para observar hasta el fondo del establecimiento. Allí estaba, sentado en una de las mesas. Solo, inmóvil y con los brazos abiertos. Al parecer, los garzones y el público no habían percibido nada anormal. Quizás vieron a un parroquiano que entraba mediante un extraño desplazamiento de cortos saltos, se había ubicado en una mesa desocupada y esperaba a que lo atendieran. Me aproximé lentamente y quedé frente a él. Entonces, por primera vez me di cuenta de que movía los ojos y sonreía pero al acercarme más, el monicaco dio un salto y salió velozmente del restaurante hasta perderse en la calle.

Regresé al camión y acompañé a los de la mudanza hasta mi nueva morada. El cubo tenía cerradas las tapas y no costó esta vez bajarlo y entrarlo a la casa pero cuando lo dejaron en el interior, se abrieron nuevamente las tapas ¡y apareció el monicaco!, que provocó de nuevo la misma sorpresa a todos los presentes. En esta ocasión dio un salto alejándose de allí y brincando pasó por unos potreros donde pastaban algunos animales. Me imaginé que este “Jack in the Box” estaba haciendo lo que a él se le antojaba y yo sentí lo que siente un perro cuando ve a un gato. Salí corriendo detrás de él. Mi intención era atraparlo y llevarlo a su caja. Corrí por los prados y tuve que atravesar algunos cercos con alambres de púas

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA



pero lo perdí de vista cuando se ocultó en el bosque. Mi porfía de alcanzarlo no tenía límites y yo también me interné en el bosque.

Corrí presuroso por un sendero que se adentraba entre frondosos árboles pero muy pronto el sendero se terminó y me vi obligado a desplazarme lentamente debido a las ramas que no me dejaban pasar. Jadeando, sucio de hojarasca y de algunas telas de araña que había destrozado en mi avance, sentí que se terminaban mis fuerzas y también el fogoso deseo de perseguir al monicaco. Éste no se había dejado ver desde el momento en que se internó en el bosque. El silencio era total. Solamente oía mi respiración que aún estaba acelerada por el cansancio. Traté de volver a casa pero me fue casi imposible avanzar. La luz solar, opaca, se filtraba a través del follaje en forma difusa y no podía ubicar la posición del Sol. Estaba desorientado y con gran aflicción me di cuenta de que ¡me había perdido! Mi tristeza era grande y tuve deseos de llorar.

De pronto oí unos ruidos que me eran conocidos. Eran los cascotes de caballos que pisaban el suelo y el chirrear de los ejes de unas ruedas. Todo eso avanzaba hasta donde yo estaba. Entonces, con gran asombro vi que desde el fondo de la foresta venía un carruaje tirado por cuatro caballos. Era un antiguo coche, de esos que usaban los humanos en el Siglo XVIII. En el pescante iba el cochero manejando las riendas y su ayudante. La imagen de la diligencia que avanzaba no me causó miedo sino estupefacción porque el carruaje se desplazaba, no entre los troncos de los árboles, sino a través de ellos. El coche se detuvo delante de mí y se abrió la

puerta silenciosamente invitándome a entrar. El cochero, sin soltar las riendas volvió su rostro. El mirar de sus ojos era tan intenso que me era imposible resistirlo. Sin saludarme me dio la orden: ¡Entra! Y yo, sumiso, no pude hacer otra cosa que entrar...

En el interior me encontré con tres personajes. Un hombre y dos mujeres. Estaban vestidos a la moda del 1800. El varón llevaba puesto un alto sombrero gris de pelo y su mano derecha enguantada, se apoyaba en un fino bastón con empuñadura de plata. Las mujeres, con primorosos sombreros, lucían hermosos vestidos con faldas y flecos. Sus ceñidas cinturas, apretadas por rígidos corsés, las mantenían en una elegante posición erecta. De un gancho colgaba, cimbrándose, un reloj que señalaba las nueve horas.

Mi saludo fue respondido por una leve y silenciosa venia y una de las damas me sonrió.

Después de haber cerrado la puerta la diligencia empezó a moverse. Yo percibía un cómodo balanceo y me llamó la atención que los árboles no chocaban contra el coche ni tampoco lo atravesaban. Tenía la sensación que se disolvían en la nada cuando se encontraban con el carruaje y volvían a tomar vida detrás de éste.

Salimos del bosque y la diligencia recorrió un verde prado con leves lomajes. El cochero apuró los caballos y estos iniciaron un trote ligero. El coche se deslizaba con una suave y armoniosa velocidad y yo me regocijaba al observar un espléndido paisaje que, en esos momentos, estaba iluminado por un diáfano sol de la mañana. De repente me di cuenta de que la diligencia se elevaba y

JACK IN THE BOX Y LA DILIGENCIA TRANSPARENTE



las ruedas no tocaban el suelo. El cochero hacía restallar el látigo y los caballos, del trote cambiaron al galope. El valle quedó abajo, el bosque y algunas casas se perdieron bajo las blancas nubes. ¡Estábamos volando! Miré a mis compañeros de viaje y éstos, inmutables, no respondieron a la atribulada expresión de mi rostro que solicitaba una respuesta de lo que estaba aconteciendo. Concluí, que lo que sucedía, no era una novedad para ellos o simplemente su constitución anímica no les permitía asombrarse de nada. Entonces, para estar en armonía, decidí no hacer preguntas.

No sé cuanto tiempo estuvimos viajando, al parecer me había quedado dormido. Desperté cuando el caballero le estaba dando cuerda al reloj y después lo volvía a colocar en el gancho, colgándolo de la manilla. En esos momentos las manecillas del reloj indicaban las cuatro horas. Los caballos iban al trote y las ruedas del coche no daban señales de estar rodando. Me asomé por la ventana y vi que estábamos llegando a una nueva pradera. Daba la impresión que era una inmensa alfombra de pasto cuyos bordes estaban parcialmente cubiertos por las nubes. A uno de esos bordes, sin nubes, llegó la diligencia y los caballos pisaron el nuevo suelo pero las ruedas delanteras se atascaron en el borde e impidieron el avance del carruaje. Entonces el cochero, puesto de pie y dando grandes gritos alentó a los caballos para que hicieran un gran esfuerzo. Éstos, al sentir el chasquido del látigo sobre sus orejas hicieron un impulso supremo, la diligencia pudo salir del atascamiento y se deslizó libremente sobre el césped.

El acompañante del cochero descendió del pescante y nos abrió la puerta. ¡Hemos llegado! Dijo alegremente y ayudó a las damas a bajar hacia el pasto. Me llamó la atención que la diligencia no portaba equipaje, cosa inusual en los tiempos en que estos carruajes hacían largos recorridos. Los tres viajeros caminaron por el mullido césped. Se respiraba un aire purísimo y un aroma de flores silvestres nos extasiaba. A medida que caminaba, una gran felicidad me invadía el alma. Todos los dolores del cuerpo y del espíritu habían desaparecido. Simplemente no existían. Tampoco las desagradables sensaciones y los negativos pensamientos. Allí, todo era armonía perfecta y belleza. En tal forma nos embriagaba, que tenía la sensación de ser yo mismo, parte de la naturaleza que estaba alrededor. Una felicidad de extrema pureza invadía plenamente a mi persona.

A lo lejos, divisamos un grupo de seres humanos que avanzaba hacia nosotros. Eran hombres y mujeres que seguían a un maestro o jefe que iba a la vanguardia. Cuando el grupo pasó frente a nosotros, se detuvo y los viajeros que me habían acompañado en la diligencia, se integraron al grupo con gran alegría. Me quedé estático observando todo esto y el Jefe o Maestro me miró bondadosamente.

-¿Andas buscando a tu monigote?- me preguntó.

-Yo estaba muy tenso y no se me ocurrió otra cosa que responder con otra pregunta, más bien necia.

-¿El monigote? ¿Qué monigote?

-A Jack in the Box ¿No te acuerdas de él?

-Sí. Sí. Me acuerdo muy bien.

-Pues, gracias a él estás aquí, porque se estaba divirtiendo contigo y te molestaba, pero yo le ordené que no se dejara atrapar para que así pudieras llegar a este lugar.

Después de estas alegres palabras, el Maestro continuó su camino, seguido de sus acompañantes, hasta perderse en la resplandeciente mañana.

Me quedé solo en ese magnífico paisaje pleno de luz y belleza. A lo lejos se oía una caída de agua y trinos de aves no visibles. Sus gorjeos eran maravillosos. Me pareció reconocer el canto de las aves llamadas ninfas. También había otros trinos que me deleitaron en extremo. La felicidad en esos momentos era intensa y mi único deseo era escuchar el canto de las aves, seguir al Maestro e integrarme a su grupo. Mas, no fue así. Del horizonte luminoso apareció un puntito que fue agrandándose a medida que avanzaba y llegó hasta donde yo estaba. Era la diligencia. Se detuvo frente a mí, y el cochero me ordenó: ¡Sube! El ayudante de cochero me abrió la puerta.

Inicié mi viaje de regreso, ahora como pasajero solitario. Mientras los caballos trotaban entre las nubes y el carruaje bajaba suavemente, me puse a meditar en todo lo que me había sucedido. ¿Quién era el Maestro? De eso no tenía duda alguna. Tú bien sabes lector a quién me refiero. En cuanto a mis acompañantes en el viaje de ida, me había llamado la atención la tranquilidad de ellos en ese transitar tan raro y espectacular de la diligencia. Tuve la sensación

que estaban habituados a ese tipo de viaje. Se me ocurrió que podrían ser personas que llevaban mensajes. ¿Mensajeros? Sonreí. Ángeles con vestimentas antiguas, viajando en una diligencia del Siglo XVIII que atraviesa los troncos de los árboles. ¡Un acierto brillante! ¿Y Jack in the Box? Un simpático señuelo para inducirme a realizar este fantástico viaje.

La diligencia había descendido hasta el bosque vecino a mi casa y ahora se trasladaba por el sendero en el que yo había perseguido al monicaco. En esos momentos el carruaje se detuvo y oí la voz del cochero que decía desde el pescante: ¡Baja!

Obedecí dócilmente. Abrí la puerta y me encaminé hacia la casa. No miré hacia atrás para averiguar si aún estaba la diligencia. Tenía la seguridad absoluta de que ésta había desaparecido.

Después de lo que me ocurrió, me di cuenta de que ahora y en adelante, no tenía que darle importancia ni preocuparme por las cosas triviales de este mundo porque hay otro mundo, maravilloso, en que no existen cosas triviales ni preocupantes.

Fin

Otros títulos en esta colección

- 01 El sol con imagen de cacahuete
- 02 El valle de los elfos de Tolkien
- 03 El palacio
- 04 El mago del amanecer y el atardecer
- 05 Dionysia
- 06 El columpio
- 07 La trapecista del circo pobre
- 08 El ascensor
- 09 La montaña rusa
- 10 La foresta encantada
- 11 El Mágico
- 12 Eugenia la Fata
- 13 Arte y belleza de alma
- 14 Ocho patas
- 15 Esculapis
- 16 El reino de los espíritus niños
- 17 El día en que el señor diablo cambio el atardecer por el amanecer
- 18 El mimetista críptico
- 19 El monedero, el paraguas y las gafas mágicas de don Estenio
- 20 La puerta entreabierta
- 21 La alegría de vivir
- 22 Los ángeles de Tongoy
- 23 La perla del cielo
- 24 El cisne
- 25 La princesa Mixtura
- 26 El ángel y el gato
- 27 El invernadero de la tía Elsira
- 28 El dragón
- 29 Navegando en el Fritz
- 30 La mano de Dios
- 31 Virosis
- 32 El rey Coco
- 33 La Posada del Camahueto
- 34 La finaíta
- 35 La gruta de los ángeles
- 36 La quebrada mágica
- 37 El ojo del ángel en el pino y la vieja cocina
- 38 La pompa de jabón
- 39 El monje
- 40 Magda Utopia
- 41 El juglar
- 42 El sillón
- 43 El gorro de lana del hada Melinka
- 44 Las hojas de oro
- 45 Alegre Vivache
- 46 El hada Zudelinda, la de los zapatos blancos
- 47 Belinda y las multicolores aves del árbol del destino
- 48 Dos puentes entre tres islas
- 49 Las zapatillas mágicas
- 50 El brujo arriba del tejado y las telas de una cebolla
- 51 Pituco y el Palacio del tiempo
- 52 Neogénesis
- 53 Una luz entre las raíces
- 54 Recóndita armonía
- 55 Roxana y los gansos azules
- 56 El aerolito
- 57 Uldarico
- 58 Citólisis
- 59 El pozo
- 60 El sapo
- 61 Extraño aterrizaje
- 62 La nube
- 63 Landrú
- 64 Los habitantes de la tierra
- 65 Alfa, Beta y Gama
- 66 Angélica
- 67 Angélica II

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

- 68 El geniecillo Din
- 69 El pajarillo
- 70 La gallina y el cisne de cuello negro
- 71 El baúl de la tía Chepa
- 72 Chatarra espacial
- 73 Pasado, presente y futuro mezclados en una historia policroma dentro de un frasco de gomina
- 74 Esperamos sus órdenes General
- 75 Los zapatos de Fortunata
- 76 El organillero, la caja mágica y los poemas de Li Po
- 77 El barrio de los artistas
- 78 La lámpara de la bisabuela
- 79 Las hadas del papel del cuarto verde
- 80 El Etéreo
- 81 El vendedor de tarjetas de navidad
- 82 El congreso de totems
- 83 Historia de un sapo de cuatro ojos
- 84 La rosa blanca
- 85 Las piedras preciosas
- 86 El mensaje de Moisés
- 87 La bicicleta
- 88 El maravilloso viaje de Ferdinando
- 89 La prisión transparente
- 90 El espárrago de oro de Rigoberto Alvarado
- 91 El insectario
- 92 La gruta de la suprema armonía
- 93 El Castillo del Desván Inclinado
- 94 El Teatro
- 95 Las galletas de ocho puntas
- 96 La prisión de Nina
- 97 Una clase de Anatomía
- 98 Consuelo
- 99 Purezza
- 100 La Bruja del Mediodía
- 101 Un soldado a la aventura
- 102 Carda, Cronos, y Cirilo
- 103 Valentina
- 104 Las vacaciones de un ángel
- 105 Ícara
- 106 Las pintorescas aventuras de Adalgisa, condesa de Bosque Verde
- 107 El viejo del saco
- 108 La coronación de Airolga
- 109 Cinisca
- 110 La dulce sonrisa de Aristodella
- 111 Bluewood
- 112 El misterio de la gruta aspirativa
- 113 El Castillo de los Duendes
- 114 El Jardín de Hada
- 115 El Castillo de los vikingos
- 116 El monstruo del río Abuná
- 117 La Alquimia de tres doncellas
- 118 La Casa vacía
- 119 El Bosque Encantado
- 120 El Desfile Onírico
- 121 El Templo Curativo de Yi Sheng
- 122 El soldado ruso
- 123 El taco
- 124 El Vendedor ambulante
- 125 El viaje del Científico a la Isla de los Diamantes
- 126 La Dama Azul
- 127 Congrio a la corneta
- 128 El Jabalí Rinoceronte y El Palacio de Oro
- 129 El Elefante de Plata
- 130 Insólito despertar
- 131 El Gallo verde
- 132 Jack in the Box y la Diligencia Transparente



 creative
commons



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.